

LA BIBLIA ENCARNADA

DANUSH MONTAÑO BECKMANN



 TIERRADENTRO



LA BIBLIA ENCARNADA

 TIERRA DENTRO

LA BIBLIA ENCARNADA

DANUSH MONTAÑO BECKMANN



Primera edición, 2022
[Primera edición en libro electrónico, 2022]

Este libro fue ganador del Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri 2020, convocado por la Secretaría de Cultura, a través del Programa Cultural Tierra Adentro, y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Coahuila. El jurado estuvo integrado por Paula Abramo, Dana Gelinas y Edson Lechuga.

Distribución mundial

© 2022, Daniel Montaño Beckmann

D. R. © 2022, Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
(Programa Cultural Tierra Adentro)
Av. Paseo de la Reforma 175, col. Cuauhtémoc;
C.P. 06500, Ciudad de México

D. R. © 2021, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Ilustración de portada: © Irasema Asenet Fernández Reyes

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7527-9 (ePub)

ISBN 978-607-16-7479-1 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

- De dos en dos
- La senda del hombre virtuoso
- Hotel Danky Hotel
- El juicio de la liebre
- Unas por otras
- En el quizá
- De lo postrero de los cielos
- Eterno en cuanto dure
- Hierba santa
- El final de los tiempos es cotidiano
- Jueves 2×1
- Sobre el pleno desarrollo de los organismos multicelulares
- Lo que nunca nadie dice
- Casting
- México desconocido
- Hybris*
- Todos los desiertos son el mismo
- De dinosaurios y pilines
- La muerte nos deja desnudos
- Te adoro porque haces caca

Pozole de murciélagos

Estrategias para la correcta difusión de la literatura

Terapia gestalt

El vagón y el combustible

Toda tu descendencia

*A Ericka y Ricardo que me aguantaron,
a pesar de todo.
Y a doña Mari de Abarrotes Mr. Polo,
a pesar de las caguamas tibias.
(...)*

Algo de la espina permanece dentro de tu piel, es inevitable. Puede que te afecte de manera directa: que ocasione una infección, te haga perder el dedo o, incluso, provoque la muerte. También puede ser tangencial: evocar un amor de infancia o el abrazo que tu abuelo jamás te dio.

De una u otra forma, llevamos encarnadas todas las espinas.

PIERRE DE CHAMPS-LAURENT

DE DOS EN DOS

(Génesis 7:8-10)

Siempre he odiado la estación del metro Tacubaya, los trasbordos son largos y las escaleras eléctricas no sirven. Recientemente la Jefa de Gobierno dijo que se descomponen a causa de orines humanos. Le llovieron críticas: nos quiere ver la cara, cómo va a ser, ni que fuéramos animales. La verdad yo sí le creo, después de todo los humanos sí somos animales... y los hay muy bestias. Subo por las escaleras y respiro fuertemente. Lo ácido del aroma hace que quiera perder la nariz o que me la roben, como solía hacérmelo creer mi tío cuando yo era una niña de seis años.

Mis rodillas sufren con cada escalón, y no ayuda que en mi mochila lleve la computadora. Hay quien dice que es mejor subir por las escaleras fijas cuando las eléctricas no sirven. Algo sobre la medida del paso que das, así te cansas menos, yo no sé. Suba por las eléctricas descompuestas por orines o por las fijas, que seguramente también han de estar orinadas, el dolor es el mismo. Un argumento a favor de las escaleras eléctricas: es más fácil cuidarse del típico imbécil que busca asomarse por debajo de tu falda. Al ser un sendero angosto, se les dificulta la movida. En cambio,

en hora pico (término que cada día pierde más sentido) las eléctricas se vuelven insopportables por la estampida humana que te hace sentir Mufasa en plena agonía, entre las pezuñas filosas de ñus apresurados por llegar a su trabajo de oficina.

Llego al andén, voy al área exclusiva para mujeres. No hay policía cuidando que no se pasen hombres y, por principio de correlación que se antoja de causación, se suben al vagón dos tipejos. Uno va de traje, corbata roja y demasiado larga, al estilo Trump, zapatos negros, de esos que parecen que fueron aplanados por un microbús que se pasó el semáforo. Su cabello engominado como casco de moto lo hace ver perpetuamente húmedo, viscoso, algo que habita debajo de tu lavabo, hidratándose con la mínima fuga de un tubo PVC de instalación defectuosa. El otro es un viejo que no deja de relamerse los labios, viste pantalones caqui, tenis blancos y desgastados, camisa a cuadros y una chamarra a pesar del calor en el subsuelo. El volumen de la chamarra me pone a pensar en la temperatura de la sangre, en cuánto realmente puede variar dentro de una misma especie.

Ninguna de nosotras les dice nada a esos dos hombres: ancianas que cargan bolsas de mercado que parecen contener el universo; adolescentes con su uniforme de bachiller que de vez en cuando sueltan una carcajada tras un cuchicheo que resguardan a pesar de que a nadie le interesa lo que dicen; madres hercúleas que llevan en brazo a un bebé y que con la mano libre se sostienen del tubo; y otra treintañera, como yo, que comparte el oficio